

Palabras del Presidente Juan Manuel Santos en la ceremonia de entrega de la 38ª versión del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar

Bogotá, 29 de octubre de 2013

Hace 38 años José Alejo Cortés –un entrañable amigo y un colombiano al que todos siempre hemos admirado– y nuestra muy querida Ivonne Nichols tuvieron la estupenda idea de establecer –como un aporte del mundo empresarial– el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Desde entonces hasta hoy –cuando la batuta está ahora en manos de Miguel Cortés y de Silvia Martínez de Narváez– el premio se ha posicionado como el más importante en su ramo en el país; ha exaltado el trabajo de decenas de periodistas, y ha sido sobre todo un gran estímulo, una gasolina, para quienes ejercen “el oficio más hermoso del mundo”.

Y el entusiasmo, después de 38 años, no ha declinado. Como se dijo aquí, este año el premio, con más de 1.100 trabajos presentados, bate récord de participación, lo que representó una tarea aún más exigente para el calificado jurado que ha presidido el que es para mí no solo uno de los mejores escritores sino uno de los mejores columnistas que tiene el país, Héctor Abad Faciolince.

En este escenario y con esta audiencia de colegas, me siento en mi salsa, porque si de algo me precio es de haber crecido entre tintas y linotipos, y de los años dedicados al trabajo periodístico. Créanme que muchas veces lo añoro con mucho entusiasmo.

Como Presidente, como colombiano, como demócrata y como periodista –ustedes lo saben bien– me he comprometido siempre con la libertad de prensa, con la libertad de expresión, porque he considerado que es el eje fundamental de cualquier democracia.

No siempre –o casi nunca– al gobernante le gusta lo que se dice, lo que se critica, lo que se informa, los sesgos que puede haber en los medios sobre su labor.

Uno se levanta cada día con el mejor deseo de acertar, de avanzar hacia un país mejor, más justo e igualitario, y en este momento, en esta coyuntura, hacia un país en paz, y se encuentra en la prensa, en la radio, en la televisión, con noticias que parecen ir en contravía de esas buenas intenciones.

A veces es desalentador, es cierto, pero entiendo muy bien –y así lo he dicho siempre– que el papel de la prensa, más que alabar al gobernante de turno, es el de ser esa ducha fría que lo despierta, lo hace mirar hacia donde toca, lo hace reaccionar y señala lo que falta, lo que tal vez no ha visto en esa soledad del poder, rodeado por su guardia pretoriana.

Eso está bien. Eso es bueno. Eso es constructivo. El papel independiente y fiscalizador de la prensa ha sido siempre fundamental para fortalecer cualquier democracia.

Pero está también el otro lado, el de las cosas buenas que pasan –¡que ocurren continuamente!– y que muchas veces, en el afán de ser independientes, o por el afán de la ‘chiva’, o por aumentar ratings, o por cualquier otra razón, la prensa deja pasar desapercibidas.

Les voy a dar un ejemplo: España. Recientemente los medios de comunicación y toda la población celebraron como un hecho casi histórico que en el tercer trimestre de este año –y después de varios meses de recesión– la economía vuelva a crecer en un 0,1 por ciento.

Es una cifra ínfima, por supuesto, pero lo interpretaron como el inicio de una recuperación. Y eso es muy importante resaltarlo porque para que esa recuperación efectivamente se dé, es importante que la gente crea que se va a dar.

Las buenas noticias son como una planta que comienza a crecer: hay que regarlas desde cuando están naciendo, regarlas con el agua de la esperanza y con el sol del optimismo, para que se consoliden, para que se vuelvan verdades, y verdades perdurables.

Ojalá informáramos con el mismo entusiasmo que los españoles cuando crecen el 0,1 por ciento, cuando Colombia crece el 4,2 por ciento, como ocurrió en el segundo trimestre y como vaticina el Banco de la República para todo el año. Esa fue una noticia marginal. O tantas otras buenas noticias.

Porque están sucediendo muchas cosas en Colombia que los periodistas ven todos los días, pero también están sucediendo grandes cosas, que creo que están dándole a este país un enorme potencial. Y desde el Gobierno, desde el sector privado, desde los medios, podemos ayudar a convertir, y estamos convirtiendo, ese potencial en realidad.

Clasificamos –y no nos cansamos de celebrarlo– como cabeza de serie en el Mundial de Fútbol, en el mejor desempeño de nuestra selección en toda la historia. ¡Qué maravilla y qué bueno que se divulgue a ocho columnas y en primera página! El país estaba realmente feliz. Pero nuestro país –me perdonarán que aproveche esta oportunidad, pero no puedo desaprovecharla para echar mi cuña–, es también cabeza de serie en muchos otros aspectos que nos deberían hacer sentir tan orgullosos como el campeonato mundial de fútbol.

Son noticias que a veces pasan desapercibidas o que el país no se ha dado cuenta de que existen. Somos cabeza de serie en América Latina en creación de empleo, pues somos el país que más empleos ha creado en los últimos tres años. El mundo en este momento lo que está compitiendo es por eso: por generar empleo. ¡Ese campeonato sí que es importante! Somos cabeza de serie en la inversión como proporción del tamaño de la economía. Una cifra que es fundamental porque es lo que vaticina el crecimiento económico hacia el

futuro-. Somos cabeza de serie –junto con Chile y Perú– por ser los países de la región donde más crece la inversión extranjera.

Somos cabeza de serie –después de Chile– por ser el país con la inflación más baja de toda América Latina.

Somos cabeza de serie –después de Perú– por ser el país donde más ha disminuido la pobreza.

Somos cabeza de serie –después de Ecuador– por ser el país donde más se ha disminuido la desigualdad.

Somos cabeza de serie en la construcción de vivienda social, en la conexión de internet en todos los municipios del país, en garantizar educación primaria y secundaria totalmente gratuita.

Son solo unos ejemplos, solo unos pocos, pero el mensaje que quiero dejarles aquí el día de hoy, en este premio tan importante –además del absoluto compromiso del gobierno con la libertad de prensa–, el mensaje es muy sencillo: las buenas noticias también son noticias. No se trata de ocultar lo negativo, lo malo, lo violento, pero ¡cuánto mejor vamos a poder regar las semillas del futuro si permitimos que les lleguen también –como dije antes– el agua de la esperanza y el sol del optimismo!

Entre los ganadores de esta noche hay muchos forjadores de país que han sabido balancear la tarea de informar con el objetivo común de construir.

Me acuerdo muy bien en una clase a la que asistí de un antiguo director de la revista Time. Él decía que su revista tenía éxito porque combinaba el arte de informar con el arte de hacer sentirse mejor a sus lectores, y también con el arte de destapar lo que los periodistas deben destapar.

Y hay muchos que nos ayudan, que ayudan a Colombia, con sus denuncias valientes contra la corrupción, donde hay que enfocar cada vez más la luz de la opinión pública, un tema en el que siempre ha sido esencial el papel de la prensa investigativa.

De alguna forma, nuestra prensa –como la prensa en el mundo– ha seguido una tendencia que va de un periodismo centrado en la información a uno centrado en la denuncia.

Sin embargo, como todo en la vida, no debemos ni podemos perder la perspectiva: cuál es la esencia y cuál es el complemento.

Porque cuando el periodismo se desvía de su función principal y entra en un proceso de escandalizar más que de informar, puede generar un ambiente de incredulidad frente a todo; un ambiente que deslegitima, que debilita a las instituciones –formales e informales–, y estimula un pesimismo generalizado que se vuelve autodestructivo.

Cuántos ejemplos no tenemos en el mundo de unas instituciones que se van debilitando y colapsas. ¿Y quién es la primera víctima? La libertad de expresión. Queremos un periodismo que investigue y que denuncie –y eso es bienvenido, es conveniente–, pero que no se convierta en la sombra que impida que nos alumbré la luz de la esperanza como sociedad, como país. En otras palabras: qué bueno tener un periodismo –lo he dicho muchas veces, porque me gusta esa definición– que sea el perro guardián de la sociedad, que ladre y muerda cuando algo anda mal, pero debemos cuidar de que el perro guardián –en su celo por cumplir su tarea– no termine comiéndose las flores del jardín.

Aquí es muy importante que los periodistas se empeñen en ir más allá de las percepciones para descubrir las realidades, y que entiendan –como lo hacen la gran mayoría, eso hay que reconocerlo– que su trabajo tiene mucho que ver, ¡mucho que ver!, con la construcción de una sociedad, de un país viable, de un país más justo, y en este momento en particular –esa es una gran responsabilidad– de un país en paz.

En esto es esencial el valor de la reportería, que es la base de todo buen periodismo; la reportería de campo que busca los hechos donde están, corriendo incluso riesgos muy grandes por alcanzar la verdad. Hoy quiero unirme y hacer un homenaje especial a los reporteros de Colombia, a todos, y a su trabajo valiente, muchas veces totalmente anónimo pero absolutamente indispensable para la calidad de nuestra democracia y la buena calidad de nuestra prensa.

Quiero felicitar de todo corazón a todos los premiados. A Ricardo Calderón, a Daniel Coronell. Hay algunos comunes contradictores que no deben estar muy contentos con este premio, pero yo lo felicito de todo corazón.

Muchas felicitaciones a todos los premiados, a los que día y noche, con un esfuerzo monumental, van al lugar de la noticia, consiguen la ‘chiva’, consiguen las fuentes, escriben en sus computadores o trabajan detrás de una cámara, y permiten que el público se entere de qué es lo que pasa, que se entere con objetividad y con análisis.

Y quiero finalmente agradecerle a todo el Grupo Bolívar por seguir reconociendo, año tras año, la labor admirable de nuestros periodistas y de nuestro periodismo.

Muchas gracias.